

ceptos y atorarse en la discusión de descubrir si la nación es anterior al nacionalismo o a la inversa. Este no es el lugar ni el caso para introducir argumentos en la polémica. El objeto del presente trabajo es más modesto y parte de una perspectiva distinta.

Afirmar que los conceptos de nación y nacionalismo, tales como los entendemos en la actualidad, no existían en los siglos XV, XVI o XVII es una evidencia que no se le escapa a nadie. Ahora bien, el hecho de que no existieran en su concepción contemporánea no tiene necesariamente que invalidar su existencia. Al contrario, dota a los mismos de una especificidad y profundidad histórica propia de los fenómenos de la *longue durée* y les adereza con una más que poderosa vertiente cultural⁷ al introducirse en las dinámicas de los procesos históricos.

El presente trabajo parte de la anterior consideración y se mueve en las aguas de lo que algunos autores han convenido en llamar prenatalismo o protonacionalismo⁸. Su objetivo principal, por tanto, es el de rastrear algunas expresiones de esos sentimientos de pertenencia colectiva en el reinado de Carlos V. Pocas son las razones necesarias para justificar la elección del periodo. Valgan de ejemplo la dimensión geográfica o la pluriétnicidad de los territorios asociados a su corona, o en su caso la posible regresión del concepto de Monarquía Hispánica que se da en su reinado⁹.

favor de su rey y de su madre patria que no quería ver sometidos al yugo extranjero ni a la afrentosa afluencia de demagogos e inexpertos o mal intencionados, han sido las verdaderas y originarias causas de los movimientos de la América española en 1810 y de la más reciente revolución en México en 1821. Después y como naturalmente sucede en las épocas de agitación y trastornos se ha procurado dar otra dirección más torcida a aquellos primeros impulsos y movimientos, y hace tiempo se trabaja en crear y organizar en varias porciones de la América gobiernos independientes de la madre patria. Pero el mundo entero sabe lo que son o lo que han sido en la realidad, faltándoles la base para su consistencia que es la conformidad de sentimientos entre los gobernados, y la analogía de las instituciones políticas con los usos, costumbres, tradiciones, leyes y religión de los pueblos para quienes se destinan. Así es que en todas partes se han quitado sistemas de gobiernos para reemplazarlos con otros que en breve tiempo han sido destruidos a su vez, (...)», en María Eugenia López de Roux (coord.) El reconocimiento de la Independencia de México, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1995, pp. 483-486. La redonda es nuestra.

⁷ Entendiendo que la cultura es una urdimbre de estructuras de significación, un contexto, socialmente establecidas en virtud de las cuales la gente hace cosas. El desarrollo de esta interpretación de cultura en Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1997.

⁸ «Puede que una de las razones sea que en muchas partes del mundo los Estados y los movimientos nacionales podían movilizar ciertas variantes de sentimientos de pertenencia colectiva que ya existían y que podían funcionar, por así decirlo, en la escala macropolítica capaz de armonizar con Estados y naciones modernos. A estos lazos los llamaré 'protonacionales'». Op. Cit. E. J. Hobsbawm, p. 50.

⁹ «Lo que durante el reinado de los Reyes Católicos y el gobierno de Cisneros se había preparado, una nación independiente y moderna, Carlos V lo abortó sin duda», Joseph Pérez, *La Revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, Siglo XXI, 1979.

Ahora bien: la consecución del objetivo propuesto se enfrenta con serias complejidades metodológicas y empíricas. La mayoría de las evidencias que nos han llegado son testimonios que pertenecen a una minoría elitista de la sociedad, aquella que sabía leer y escribir, lo que dificulta sobremedida la extrapolación automática de su herencia documental al resto de los sectores iletrados de la sociedad. No obstante, si al igual que Benedict Anderson¹⁰ consideramos la nación como una comunidad política imaginada, se puede aceptar la coexistencia de varias «proyecciones» o «imaginaciones» expresadas por unas elites que tienen su correlato en las divisiones de la estructura social. Será el proceso histórico, unido a la discrecionalidad con la que opera el nacionalismo –en su sentido contemporáneo– el que establezca los límites de la «realidad nacional», el modo nacional de organización de dicha sociedad y, en resumen, la «proyección» o «imaginación» dominante.

La elección de la obra de López de Gómara como vehículo para rastrear dichos sentimientos de pertenencia tiene que ver en gran parte con esta idea. Aunque con precauciones y algunas excepciones notables, parece evidente que se puede afirmar que la conformación de las actuales nacionales implicó el éxito de una de las configuraciones posibles sobre el resto de las opciones potenciales. En esencia, supuso el éxito de aquella opción que se organizaba en torno a la ecuación Estado-centralizado / territorio-definido o delimitado / nación-conjunto de nacionales. En el camino se quedaron otras posibilidades que merecen la pena ser rastreadas. Con ello no afirmamos que Gómara sea articulador de alguna de ellas, aunque su *Conquista de México* permite aproximarnos a esa complicada esfera mental de lazos y sentimientos desde una perspectiva cercana a la mantenida por ese elenco de pequeña nobleza que fueron los conquistadores, no tan alejados, en su imaginario, de los sectores populares. Desde esta perspectiva bien podríamos explicarnos el éxito del libro a pesar de la persecución «institucional» a la que se vio sometido y que no impidió que llegara hasta nosotros¹¹.

¹⁰ Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, *New Left Books*, 1983, p. 15.

¹¹ Entre 1553 y 1554 se publican en la Península y Flandes siete ediciones. Algunas toman exclusivamente la *Conquista de México* y otras lo hacen de la *Historia de las Indias* –la obra completa–, dentro de la cual tenía que aparecer la misma *Conquista de México*. Al final se logró una autonomía de esta última obra que la ubicó como un libro independiente del resto. En el siglo XVIII reaparece en una nueva edición. El siglo XX cuenta con ocho ediciones más. La obra es traducida al italiano, al francés e inglés desde el siglo XVI (en los dos primeros casos), mientras que la traducción al inglés cuenta con nuevas ediciones en los siglos XIX y XX. Nosotros hemos elegido la edición de José Luis de Rojas que retoma la de 1954 hecha por Pilar Guibelalde en Barcelona, basada en la primera edición de la obra de 1552 (Zaragoza).